

Proceso de preparación del Sínodo de los Obispos de octubre de 2023

# Síntesis de la reflexión del Movimiento de Seglares Claretianos

## Introducción

*Tras participar a través de los diferentes grupos y comunidades en la reflexión realizada a nivel local en las parroquias y diócesis donde tenemos presencia, el Movimiento de Seglares Claretianos organizó un equipo de trabajo para compartir la reflexión propuesta en este proceso sinodal a nivel general, intentando identificar signos del Espíritu en nuestro camino como movimiento eclesial. Este equipo de trabajo -representativo de la diversidad social, cultural y generacional del Movimiento- quedó conformado por 18 personas en total: por un lado, los delegados propuestos por las diferentes regiones y zonas geográficas en las que el Movimiento tiene presencia, -para aportar una visión desde diferentes perspectivas territoriales y culturales-; y por otro, miembros de anteriores Consejos Generales -para aportar una perspectiva histórica y global-. Todas ellas trabajaron desde una premisa común de partida: **la renovación de la Iglesia comienza con nuestra propia conversión personal.***

*Este documento sintetiza las conclusiones de esta reflexión, que se estructuran en torno a tres ideas centrales: a) la **revalorización de los carismas** en la Iglesia, b) la **construcción de la comunión**, y c) la **urgente llamada del Espíritu a la evangelización.***

## A.- Redescubrir los carismas como regalos del Espíritu a su Iglesia

### Los carismas, dones al servicio de la Iglesia

*1. Los seglares claretianos hemos recibido en herencia el carisma que movió a San Antonio María Claret, para continuar como seglares la misión de anunciar el Evangelio a toda criatura por todos los medios posibles, buscando la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas. El nuestro es uno de los muchos y diferentes carismas que el Espíritu ha regalado a su Iglesia. **Los carismas no son una invención humana. Son una gracia, un don del Espíritu**, y así los percibe la Iglesia cuando los reconoce como un bien para su misión universal.*

*2. Nuestra vocación no nos viene ni por la voluntad de ninguna persona, ni por nuestro mero deseo o interés individual. Nuestra vocación nos viene de Dios. Por tanto, la respuesta a su llamada no debería depender de nuestra mejor o peor relación con las personas que caminan junto a nosotros dentro del Pueblo de Dios, ni por lo cómoda o incómoda que pueda ser nuestra tarea evangelizadora; ni por las facilidades o dificultades que podamos encontrar en nuestro camino... **Nuestra respuesta vocacional es un compromiso con Dios que depende exclusivamente de nuestro vínculo filial con Él** y de nuestro deseo de cumplir su Voluntad.*

*3. **El carisma** que nos caracteriza **no nos “separa” de la Iglesia, sino que nos une íntimamente a ella.** Descubrir y vivir nuestro propio carisma nos permite reconocer la enorme riqueza de dones con las que el Espíritu ha adornado a su Iglesia para elaborar en ella una hermosa obra, que simplemente es boceto del Reino de Dios, adelanto de su Plan de*

Salvación. Tal como San Pablo describe en 1Cor 12, 12-30, nos sentimos parte de un todo, llamados a desarrollar nuestra función como bautizados seglares de espíritu claretiano, para colaborar en la misión evangelizadora de todo el Pueblo de Dios.

4. **Cada realidad carismática aporta un color particular que no podemos hurtar a la Iglesia.** Un color que por sí solo apenas lograría insinuar unos pequeños trazos que difícilmente dejarían entrever la verdadera belleza y dimensión de la obra completa. Pero un color que aporta unas pinceladas que, junto a los demás colores, contribuyen a que la Iglesia adquiera toda la riqueza cromática con la que la ha soñado Dios como Supremo Artista, para que se pueda contemplar finalmente la hermosura de la obra en todo su esplendor.

5. Como todo don, **el carisma es un “talento” que se nos ha dado para que dé fruto**, para ponerlo al servicio del Evangelio y aportar cada uno su grano de arena a la misión conjunta de la Iglesia, ofreciendo la singularidad con la que Dios ha configurado nuestra identidad. Y con humildad, desde nuestras limitaciones y pobrezas, nos sentimos interpelados a colaborar a que Dios sea conocido, amado, servido y alabado por todas las criaturas, anunciando el Evangelio por todos los rincones en los que se desenvuelve nuestra vida, y por todos los medios que nuestra creatividad ponga a nuestro alcance.

#### **Actitudes que anulan nuestro carisma**

6. Todo esto implica un compromiso de **no “enterrar” este talento**, bien a través de la “negación”, intentando apagar nuestra llama vocacional ignorando la llamada del Espíritu (Cf. Jon 1, 1-3) o bien a través de la “manipulación”, intentando utilizarlo para obtener algún privilegio o beneficio propio (Cf. Mc 10, 35-45):

7. - **Acallar la llamada de Dios (negación).** El cansancio, la sensación de fracaso, el miedo a la persecución y la incompreensión de los demás, el acomodamiento en nuestras rutinas estériles, el deseo de tener una vida tranquila y sin complicaciones... son sentimientos que nacen en nuestro interior para apagar la llama de nuestra vocación, y silenciar la voz del Espíritu que nos interpela. La tentación de claudicar es grande cuando surgen las dificultades. Pero esas dificultades, realmente, son una permanente invitación a vivir con más intensidad y empeño nuestra vocación seglar y nuestra identidad carismática.

8. - **Perseguir la propia gloria, y no la gloria de Dios (manipulación).** Como seglares con un carisma definido y reconocible, estamos llamados a enriquecer a la iglesia desde la identidad que nos ha regalado el Espíritu. Pero en ocasiones, el afán por crecer y extender más rápidamente el Evangelio en medio del mundo nos genera la ambición de ser más grandes para adquirir mayor relevancia, influencia o protagonismo. Esta tentación suele surgir desde la buena intención, pensando en atajos para extender nuestra acción evangelizadora y afrontar retos más ambiciosos. Pero cegados por la búsqueda de una eficacia más cuantitativa que cualitativa, nuestra misión se termina convirtiendo en autopromoción, y nuestro interés egoísta se antepone al interés de Dios.

## Medios para revitalizar nuestro carisma

9. Para hacer frente a estos peligros, debemos procurar siempre reavivar la llama del “amor primero”. Rememorar el ardor de nuestra llamada vocacional. Y para ello es necesario **fortalecer nuestro vínculo con Dios** como fundamento de nuestra vida y alimento de nuestra fe. Es una actitud que debe ser constante, sobre todo en estos tiempos en los que nuestro entorno social pretende poner en crisis todo lo esencial para desmontar cualquier convicción colectiva compartida en pos del reinado absoluto de la individualidad.

10. Para conseguir esa intimidad con Dios necesitaremos **acudir a las fuentes**: La Palabra, la oración, los sacramentos, el encuentro con los hermanos -especialmente los más necesitados-... Estos han sido siempre los medios a través de los cuales el Señor se nos manifiesta y nos habla con mayor claridad, revitalizando nuestra fe y nuestra vocación (Cf. Ideario 36-40). Y estos tiempos convulsos de confinamiento y pandemia nos han vuelto a mostrar que la Palabra de Dios sigue siendo nuestro principal sustento, y la Iglesia-comunidad nuestro lugar de encuentro, intermediaria privilegiada para el establecimiento y cuidado de nuestro vínculo con el Padre. Como hijos de Dios, como grupos, como Movimiento eclesial... hemos vuelto a comprobar que la oración, la reflexión compartida en torno a la Palabra, la celebración de los sacramentos, y la preocupación por nuestros hermanos más vulnerables nos han mantenido unidos a pesar de las dificultades. Y nuestra unidad es ya testimonio visible del Evangelio que estamos llamados a anunciar (Cf. Jn 17, 21 - “...que todos sean uno para que el mundo crea.”)

11. Manteniendo una íntima comunión con Dios, será más sencillo **descubrir las huellas del Espíritu en los hermanos** que nos encontramos en nuestro camino: en los que caminan con nosotros, en los que permanecen en los márgenes, en los que se apartan y en los que apartamos... Ellos son también intermediarios de los que se vale el Espíritu para interpelarnos y hacernos conocer su Voluntad. Porque el Espíritu no sólo se manifiesta en los que son similares a nosotros, o en los que más comparten nuestra perspectiva y nuestra visión de la vida, de la fe, del mundo... Con mucha frecuencia, el Espíritu se vale precisamente de los que son diferentes para que nuestros ojos se abran y logren descubrir realidades distintas, para movernos a la conversión, para mostrarnos nuevos retos o prioridades en nuestra misión, para desplegar nuevos horizontes... (Cf. Hch 10, 1-48 - encuentro de Pedro con Cornelio)

12. La intimidad con Dios también nos ayudará a **descubrir la voz del Espíritu en los signos de los tiempos**. Nuestro carisma claretiano seglar se está manteniendo vivo en el tiempo, renovándose con nuevas vocaciones. Incluso en nuestra pequeñez y nuestra fragilidad, el Espíritu sigue suscitando inquietud misionera. Este es uno de los signos que en estos tiempos nos siguen mostrando la necesidad que el mundo tiene de Dios. Nos permite entender por qué el Espíritu sigue manteniendo nuestro carisma vivo, latente y actual, interpelándonos a trabajar sin descanso en nuestra misión de servir al Evangelio como bautizados, como

*seglares y como claretianos. Esta continua mirada a la realidad debe remover nuestro corazón y convertirse en inquietud y estímulo que nos haga sobreponernos a todo desánimo.*

## B.- Hacer comunidad como ejercicio cotidiano de sinodalidad

### La comunión, fundamento de la misión

*13. Por nuestra fe y nuestro carisma nos sentimos llamados particularmente por el Espíritu a compartir con otros nuestra vida, nuestra fe y nuestra misión. Y por eso, sentimos que **vivir plenamente esta dimensión comunitaria que caracteriza nuestra identidad carismática es una de las principales aportaciones que los seglares claretianos podemos ofrecer a la Iglesia** y su misión evangelizadora.*

*14. **Compartir la fe en grupos y comunidades nos permite poner en práctica la sinodalidad de manera cotidiana**, y adiestrarnos en este camino de acompañamiento mutuo que nos ayuda a crecer en comunión y en fraternidad. Así lo hemos experimentado en nuestra historia como Movimiento, en la que hemos vivido y seguimos viviendo de manera muy concreta, humana y familiar esta comunión que estamos llamados a hacer extensiva en nuestra iglesia y en nuestro mundo. (Cf. Ideario del Seglar Claretiano 18)*

*15. **Nuestros grupos y comunidades están integrados en sus respectivas parroquias y diócesis** desde la plena conciencia de nuestra pertenencia al Pueblo de Dios. Nuestras parroquias y diócesis son espacios privilegiados en donde responder a esa permanente invitación del Espíritu a poner al servicio de la Iglesia nuestro carisma, y complementarlo con los de las demás realidades carismáticas y eclesiales. Estamos llamados a colaborar juntos y convertir nuestras iglesias locales en verdaderas comunidades de fe, esperanza y caridad en torno a Cristo. (Cf. Ideario del Seglar Claretiano 21)*

*16. Por otro lado, **la pertenencia a un Movimiento-asociación de fieles** de ámbito internacional. a su vez integrada en una familia carismática, nos proporciona una visión mucho más amplia y global de nuestra vocación, espiritualidad y misión. La interrelación con grupos y comunidades de diferentes nacionalidades y culturas, pero con los que compartimos una misma fe y carisma, **nos ayuda a entender mejor la experiencia eclesial universal**: la comunión fraterna de todos los hijos de Dios en torno a Cristo, que desde distintas realidades se enriquecen mutuamente y unen fuerzas para preparar la llegada definitiva de su Reino.*

*17. En nuestra historia como Movimiento hemos tenido la fortuna de constatar que **es posible construir comunión y sentirse familia**. Basta tener un corazón abierto y dispuesto a encontrarse con el hermano y acogerlo, superando las diferencias a través de la comunicación, el diálogo sereno, la mediación de la comunidad y el acercamiento mutuo. Y por eso, cultivar y cuidar esta comunión debe ser también uno de nuestros principales retos, prestando especial atención al hermano vulnerable o herido.*

18. Como asociación laical, en nuestra experiencia reconocemos **el acompañamiento mutuo de los grupos y comunidades como un gran apoyo y soporte** para mantener candente nuestra fe, superar las dificultades y afrontar los desafíos de nuestra misión evangelizadora. Reunirnos en torno a Cristo -ya sea en asambleas, celebraciones (especialmente en eucaristías), oraciones compartidas...- nos ayuda mucho a propiciar el encuentro, la interrelación y el acompañamiento. Y hemos podido constatar claramente que la labor evangelizadora es más fecunda en aquellos grupos, parroquias, realidades eclesiales y centros pastorales en donde se cuida con esmero la fraternidad y la comunión de sus miembros, promoviendo la acogida, la complementariedad, el respeto y el cariño mutuos, la participación, el trabajo en equipo, la coordinación, el acompañamiento, la corrección fraterna, la celebración compartida...

### **Actitudes que obstaculizan la comunión**

19. La construcción de la comunión fraterna es un proceso, plagado de avances y retrocesos. Siempre aspiramos a seguir profundizando en nuestra vivencia sinodal, pero este anhelo no nos exime de atravesar episodios puntuales de desencuentro en donde las divergencias en las formas de ser, hacer o pensar desembocan en falta de entendimiento. Y aunque estos conflictos suelen estar circunscritos a determinadas realidades locales y temporales, es importante reconocer en ellos algunas causas de fondo que hacen peligrar la comunión:

20. - **Desagregación carismática:** Desgraciadamente en algunos lugares y diócesis existe cierta desafección entre miembros de la jerarquía eclesial diocesana y los de los institutos religiosos, congregaciones, movimientos o asociaciones con carisma propio -aunque estos tengan reconocimiento oficial de la Iglesia-. Este distanciamiento deriva con facilidad en situaciones de incomprensión e indiferencia, o incluso de competitividad y enfrentamiento. Unas veces, estas familias carismáticas no terminan de ser reconocidas ni valoradas dentro de sus parroquias o diócesis. Otras veces, son estas realidades carismáticas las que prefieren encerrarse en sí mismas, aislarse y desentenderse de la iglesia local para asegurarse un funcionamiento completamente independiente y eludir posibles controles o injerencias externas... La consecuencia en ambos casos es que cada cual termina desarrollando su labor por separado, de manera paralela, sin interés en cooperar ni trabajar juntos de manera coordinada, acentuando el desconocimiento y la falta de confianza mutua...

21. - **Minusvaloración de la vocación seglar.** En otras ocasiones, el origen del conflicto subyace en el papel que deben jugar los laicos y seglares en la vida de la iglesia. Por un lado, existen aún párrocos o ministros consagrados que pretenden que los seglares ejerzan meramente de "voluntariado" o "mano de obra" dócil y obediente, a la que poder manejar a voluntad, negándoles autonomía, iniciativa y capacidad de decisión. Parecen creer que el laico sólo puede ser sujeto o agente de evangelización cuando está bajo control: como "aprendiz", becario, criado o ayudante de alguien consagrado. Por otro lado, hay ocasiones en las que los mismos fieles laicos son los que, teniendo

posibilidad de participar activamente, prefieren someterse sin asumir responsabilidades ni arriesgarse a tener iniciativas propias.

## Medios para cimentar la comunión

22. Si la Iglesia-comunidad es Cuerpo místico de Cristo (1Cor 12), nuestro principal desafío debe ser mantener ese Cuerpo sano. Y seguramente, la enfermedad más peligrosa es el cáncer de la desunión. El rechazo mutuo va degenerando las partes del cuerpo, haciéndolas incompatibles e inutilizándolas. Por eso, es fundamental **evitar que la Iglesia misma sea un lugar de luchas y de batallas**. Porque la desunión es la negación del Evangelio. Y ante un mundo individualista y violento, la Iglesia debe dar testimonio de unidad y fraternidad para hacer visible el Reino de Dios. La comunión debe ser su seña de identidad (“que sean perfectos en la unidad, y así el mundo sepa que Tú me enviaste” - Jn 17,23).

23. Para construir la comunión debemos **aprender a sanar heridas cuando surjan los conflictos**. A través de Cristo hemos aprendido que el perdón, la misericordia y la acogida al hermano deben ser nuestras mejores herramientas. Desgraciadamente, incluso dentro de la Iglesia aún nos cuesta mucho recurrir a ellas de manera incondicional. Sin embargo, esta es una de las cuestiones que mejor nos identifican como Hijos de Dios (“Bienaventurados los que trabajan por la paz...” - Mt 5,9) y que más nos van a ayudar a buscar la comunión, desde la pluralidad y la diversidad con la que Dios nos ha creado.

24. **Promover grupos y comunidades de seglares en nuestras parroquias** puede ayudar a convertirlas en espacios cotidianos de sinodalidad y de construcción de comunión eclesial, favoreciendo el acompañamiento mutuo, el crecimiento en la fe de sus miembros, y la revitalización de su vocación, su espiritualidad, y su misión evangelizadora.

25. En esta línea, es hora de que los laicos/seglares perdamos el miedo a **asumir nuestra misión en el mundo**. Es necesario que sepamos valorar y reivindicar nuestra vocación particular para ser testigos de Cristo y su Evangelio en la vida cotidiana. Y eso implica tomar la iniciativa en el cuidado de nuestra fe y priorizar las labores que son propias de nuestra identidad seglar. Todo ello sin descuidar nuestra formación y el discernimiento personal y comunitario, medios que nos ayudarán a no dejarnos arrastrar por los esquemas del mundo.

26. Como hemos repetido insistentemente, la diversidad de carismas es una llamada a “cooperar juntos” para adelantar la llegada del Reino. Si un miembro del cuerpo no realiza la tarea para la que fue llamado por el Espíritu, el cuerpo queda minusválido. Por eso, desde la realidad de cada uno, debemos **aprender a complementar nuestros carismas** y estar abiertos a entender y apoyar la misión de quienes nos acompañan en el camino, porque a través de ellos también se manifiesta el Espíritu. Entender y apoyar a nuestros hermanas y hermanos de comunidad y del movimiento; a los muchos seglares de espíritu claretiano que no han querido incorporarse al movimiento (que no es propietario del carisma, ni tampoco un fin en sí mismo); a los miembros de las demás ramas de la familia claretiana; a las hermanas y hermanos de otros carismas; a los que sirven en otros ministerios; a nuestros pastores...

*Incluso a todos los que desde diferentes creencias y convicciones comparten explícita o tácitamente el sueño de Dios y la ilusión por construir un mundo más justo y fraterno. Todos somos, sin excepción, instrumento del Espíritu, y así nos debemos reconocer. (Cf. 1Cor 12)*

## C.- Responder a la urgente llamada del Espíritu a la evangelización del mundo.

### La tarea que nos pide el Espíritu

27. *A través de nuestra llamada vocacional, el Espíritu nos apremia a salir a anunciar el Evangelio con espíritu de comunión. **La misma acción misionera nos aporta comunión y unidad**, porque la tarea evangelizadora es compartida con toda la Iglesia. Y a su vez, **nuestra comunión es parte fundamental de nuestra misión**, porque visibiliza aquello que predicamos: el proyecto de amor de Dios.*

28. *Inmersos en una cultura contemporánea que ya no conoce a Dios y que considera que negarle o alejarse de Él es un signo de “modernidad” y “racionalidad”, **seguimos constatando cuán necesario es anunciar la Palabra de Dios en estos tiempos**. Como claretianos, percibimos circunstancias similares a las existentes cuando el Espíritu suscitó a San Antonio M<sup>re</sup> Claret esa inquietud misionera inspiradora de nuestro carisma. Este es otro signo que nos permite intuir que el Espíritu nos está urgiendo cada vez más a comprometernos en la misión de la Iglesia e implicarnos aún más intensamente en la tarea evangelizadora que da sentido pleno a nuestra vocación.*

29. *El esfuerzo que la Iglesia está realizando para impulsar la sinodalidad en la forma de ser y hacer del Pueblo de Dios también nos refuerza y anima en nuestra convicción por seguir siendo testigos de Cristo y **anunciar su Palabra, desde una dimensión comunitaria**, para continuar aportando nuestro granito de arena a la misión del Pueblo de Dios. Seguramente sea nuestro mayor y más urgente reto como Movimiento: discernir en cada momento y lugar cómo contribuir juntos al anuncio del mensaje de Jesús.*

30. *Los seglares y laicos estamos llamados a estar en el mundo, a “construir Iglesia” en medio del mundo. Es nuestra vocación y es nuestra responsabilidad, aunque muchas veces huimos de ella porque es más cómodo y seguro encerrarnos en los muros de nuestra comunidad o de nuestra parroquia. Pero así no podemos **ser instrumento de Dios para que su Evangelio pueda llegar a aquellos que no le conocen**. Es necesario discernir y preguntarnos con frecuencia dónde tenemos que hacer presente a Jesús, a qué realidades de nuestro entorno nos llama preferentemente el Espíritu.*

### Obstáculos a la Palabra de Dios

31. *Ante esta llamada del Espíritu, **el clericalismo** supone un gran obstáculo para la misión de la Iglesia, porque la encierra en una burbuja y la aleja del mundo. El abandono de su misión propia en medio del mundo y de la vida cotidiana para refugiarse en tareas intraparroquiales es una gran tentación para el seglar, porque usa su compromiso parroquial*

como justificación para su conciencia. Y esta tentación fácilmente se acrecienta gracias a la condescendencia de muchos párrocos, que encuentran en el compromiso intraparroquial de los seglares un alivio a su carga de trabajo.

32. Salir al mundo a anunciar el Evangelio no es tarea fácil en una sociedad secularizada, que ha abandonado a Dios e incluso lo rechaza por reducirlo a una idea o concepto antiguo, enemigo de la racionalidad y la libertad humanas. Y lo es menos cuando somos los mismos creyentes los que nos dejamos arrastrar por el entorno que nos rodea, y ponemos en cuestión nuestras propias creencias y convicciones. Nuestra falta de convencimiento traslada a quienes nos rodean un mensaje confuso. Y así, nuestro testimonio termina por **proyectar al mundo una imagen distorsionada de Dios**, alimentada por el escándalo que generan nuestros pecados y por la contradicción entre nuestros actos y lo que predicamos, sobre todo en lo referente a determinadas cuestiones morales o expresiones de nuestra fe que la sensibilidad contemporánea no desea compartir.

33. Paralelamente, a veces la “manera” de realizar nuestra tarea misionera supone otro gran obstáculo. Porque en no pocas ocasiones realizamos una **evangelización “excluyente”**, anunciando la Palabra de Dios sólo desde nuestra perspectiva de creyentes, sin preocuparnos por entender la mirada de quien la está recibiendo. Presentamos el Evangelio de manera impositiva y en actitud defensiva, cuando deberíamos hacerlo de manera propositiva y en actitud compasiva. Por eso, terminamos convirtiendo la experiencia de fe en algo difícilmente alcanzable o asumible para muchas personas y colectivos, que desde el principio se sienten condenados y excluidos de la misericordia de Dios y su proyecto salvífico.

### Allanar el camino al Señor

34. Estas maneras de actuar en la Iglesia suelen generar dolorosas heridas que tardan en cicatrizar, y que cierran puertas a nuestra acción misionera. Por eso, cada vez más a menudo **la evangelización requiere de un largo proceso de sanación previo**. Una sanación que, para que sea auténtica herramienta de evangelización, debe nacer de nuestra unión con Dios y debe ser expresión de su misericordia: de esa “ternura” acogedora que el Padre derrochó con su hijo pródigo y que tanto le costó entender al hijo mayor en la parábola (Cf. Lc 15, 20-32)

35. Además de alimentar un fuerte vínculo con Dios, es necesario incrementar nuestra presencia efectiva en el mundo, implicándonos en los diferentes ámbitos de la vida cotidiana, abriendo nuestros sentidos y agudizando nuestra capacidad de escucha y análisis para conocer la realidad desde dentro, y descubrir cómo **tender puentes que permitan acercar el Evangelio y facilitar el encuentro con Cristo**. Por eso, es muy necesario aprender a salir de nuestros esquemas para comprender mejor la mirada del otro.

36. Y esto es particularmente necesario en algunas de las realidades que no terminan de encontrar su lugar dentro de la Iglesia, que se sienten desubicadas o excluidas de la misma, y

para las que quizá no hemos logrado aún **ofrecer respuestas claras e inclusivas que sean expresión efectiva de la Misericordia de Dios** (personas divorciadas y separadas, colectivos homosexuales, agnósticos desencantados de la Iglesia, personas alejadas de Dios...)

37. Con otras realidades en las que la Iglesia ya viene trabajando (niños, jóvenes, tercera edad y personas mayores, familias, personas vulnerables, colectivos marginados, culturas oprimidas, desplazados, refugiados...) convendría ampliar los horizontes de nuestra atención evangelizadora para no circunscribirla únicamente a quienes vienen a nuestros centros pastorales, sino procurando **salir y acercarnos a todas aquellas personas que nos encontramos en las encrucijadas de nuestra vida**. Ahí es donde un seglar encuentra sentido a su misión dentro de la Iglesia.

38. Y también es necesaria la apuesta por transformar las estructuras del mundo, dando testimonio de vida para **presentar eficazmente la alternativa del Evangelio en los diferentes ámbitos de nuestra vida cotidiana**, especialmente en el campo de la cultura, la política, la economía, la educación, la salud, la justicia, las relaciones sociales y laborales, el cuidado de nuestra casa común... Una transformación del mundo que ineludiblemente debe comenzar con nuestra propia transformación -nuestra conversión personal- y que debe poner en valor la evangelización desde lo pequeño, desde la cercanía, con el cuidado de nuestros vínculos más inmediatos y cercanos, a los que no siempre prestamos suficiente atención: nuestra familia, amigos, vecinos, compañeros de trabajo... Una transformación del mundo que también debe implicar nuestra conversión comunitaria, para que nuestro grupo, nuestro Movimiento y nuestra Iglesia den testimonio de verdadera comunión, aspirando siempre a mejorar y crecer desde el Evangelio, abiertos a la renovación de nuestros hábitos y estructuras, y evitando el inmovilismo que niega la novedad del Espíritu.

39. Estos retos misioneros son de gran complejidad y nos exigen una mayor acción conjunta, compartida, discernida comunitariamente como Pueblo de Dios, en quien reside el "sensus fidei". Si nos empeñamos en dar respuestas particulares e individualizadas desde cada ministerio y cada carisma, por separado y de manera aislada, seguramente entraremos a menudo en competencia, confrontación o contradicción. Seguiremos trasladando al mundo una respuesta confusa. Por eso, es muy necesario **seguir abriendo espacios de encuentro, para caminar, reflexionar y actuar de manera conjunta**, enriqueciéndonos mutuamente con los dones que el Espíritu nos ha dado a cada uno.

40. Del mismo modo, para afrontar todos estos retos resulta imperioso esforzarnos en **multiplicar los agentes de evangelización**. Quizá va siendo hora de no centrar la promoción vocacional únicamente en las vocaciones consagradas, y dedicar también tiempo y esfuerzo a la promoción de las vocaciones seculares. Será necesario fomentar más la formación de los laicos y su implicación activa en el anuncio del Evangelio. Paralelamente, los Movimientos y asociaciones laicales no debemos obsesionarnos en nuestra propia supervivencia, compitiendo por convencer voluntades para que se sumen a nuestra identidad carismática. Nuestro carisma es propiedad del Espíritu y permanecerá vivo sólo mientras el Espíritu

quiera. Por eso, no debemos preocuparnos tanto por hacer crecer nuestro carisma particular, como por lograr que cada persona que conozca y ame a Dios, desee darlo a conocer. (Cf. Jn 4, 28-30.39-42 - la experiencia de la samaritana)

## EN RESUMEN:

*a- Sentimos que el Espíritu nos llama a cuidar nuestro carisma, reavivando la llama de nuestro encuentro personal con Cristo y su llamada vocacional, a fortalecer nuestros lazos con Cristo como centro, y a permanecer fieles profundizando en el sentido último de la misión a la que estamos llamados. Y del mismo modo, reconocer, valorar y alentar al resto de identidades carismáticas, servicios y ministerios de la Iglesia, buscando más caminos de encuentro y trabajo compartido para multiplicar la acción evangelizadora desde la complementariedad y la comunión fraterna.*

*b- Sentimos que el Espíritu nos urge a ser vectores de unidad, trabajando por la comunión y la fraternidad eclesial y universal, procurando sanar heridas, superar todo conflicto y resolver cualquier incomprensión, tanto dentro como fuera de la Iglesia. Eso nos compromete a arrancar toda semilla de división e incomprensión con las "armas" que nos dejó Cristo: el perdón, la misericordia y la acogida. Nos compromete a ser modélicos en la manera de resolver nuestras diferencias, mostrando que la unidad fraterna es señal de nuestra identidad de Hijos de Dios.*

*c- Sentimos que el Espíritu nos llama a atender urgentemente nuestra misión evangelizadora en medio de las realidades del mundo. Siendo reflejo transparente y limpio del Dios-Amor y ofreciendo al mundo la alternativa del Evangelio. Estamos llamados a ser mensajeros de buenas noticias; invitando a sumarse al proyecto de Dios con testimonio y dando razones de nuestra fe, en vez de imponernos con actitud proselitista, escuchando y dialogando, tendiendo puentes en vez de levantar barreras desde la imposición moral... porque no podemos aspirar a que nadie acoja el Evangelio si vamos con la condena por delante, haciendo que personas y colectivos ya se sientan excluidas del proyecto de salvación de Dios antes de que lleguen a encontrarse con su mirada misericordiosa.*